

Entrevista a Julián Casanova

por **Mauricio Meglioli**



Julián Casanova (Teruel, 1956) es uno de los historiadores más leídos e influyentes de España. Perteneció a una nueva generación de investigadores que ha atravesado las fronteras de su país y ha publicado importantes estudios sobre historia europea. Casanova es actualmente catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad de Zaragoza y profesor visitante en prestigiosas universidades británicas, estadounidenses y latinoamericanas. Su compromiso con la memoria de su país lo ha llevado a integrar el grupo de expertos encargado de búsqueda de fosas comunes y la identificación de las víctimas en el sumario contra los crímenes del franquismo promovido por el juez Baltasar Garzón. Es miembro del consejo de redacción de varias revistas científicas y publica habitualmente en el diario *El País* de España. Entre sus obras se destacan: *La historia social y los historiadores* (1991), *De la calle al frente. El anarcosindicalismo en España, 1931-1939* (1997),

La iglesia de Franco (2001), *República y guerra civil* (2007), *Historia de España en el siglo XX* (en coautoría con Carlos Gil Andrés, 2009) y *Europa contra Europa, 1914-1945* (2011). La presente entrevista se realizó en la ciudad de Salamanca antes de una muy concurrida conferencia donde presentó su nuevo libro: *España partida en dos* (2013).

En relación a su libro *Europa contra Europa, podemos hacer referencia al Centenario del comienzo de la Primera Guerra Mundial conmemorado este año. ¿Cuáles fueron, para usted, las causas determinantes de la Primera Guerra Mundial?*

– Las causas de la Primera Guerra Mundial y las raíces de la violencia sin precedentes que generó, son profundas y van más allá de la guerra misma o de las ambiciones imperialistas. La idealización y ensalzamiento de la violencia como una forma de protesta política y social frente a la decadente sociedad burguesa comenzó a extenderse desde finales del siglo XIX en algunos círculos nacionalistas, especialmente en los territorios con mezcla étnica, y en otros marxistas y revolucionarios, que defendían el uso de la fuerza para cambiar la sociedad. Las principales potencias imperialistas, por otro lado, ejercían una importante violencia en los territorios colonizados, aunque estuviera ausente en las metrópolis, con justificaciones de la represión sobre pueblos inferiores, que alimentaron planteamientos ideológicos racistas más elaborados después de 1914. En los Balcanes, por ejemplo, la exclusión de "elementos inferiores" sirvió de pretexto para las masacres de armenios en los momentos finales del derrumbe del imperio Otomano. Hay que decir que

se esperaba que la guerra fuera corta y aunque los gobiernos de los principales poderes contribuyeron a poner en riesgo la paz con sus movilizaciones militares, especialmente después del asesinato del archiduque Fernando el 28 de junio en Sarajevo, ninguno de ellos había hecho planes militares o económicos para un prolongado combate. En definitiva, la Primera Guerra Mundial marcó el comienzo de la escalada de violencia en esa era de "atrocidad moral", porque borró la línea entre el enemigo interno y externo, fue el escenario de los primeros ejemplos de exterminio masivo de la historia y de ella salieron el comunismo y el fascismo, los movimientos paramilitares y la militarización de la política.

¿Cómo se explica el movimiento "Bolchevique" en Rusia? ¿Y cómo llega el mismo al campesinado?

– Frente a la censura y represión, las primeras expresiones de oposición política a la autocracia zarista tomaron las formas de organizaciones clandestinas, muy vinculadas al populismo y a las elaboraciones del socialismo agrario y comunal. Destacó entre ellas la denominada "Voluntad del Pueblo", la primera organización de la historia dedicada específicamente a propagar el terror político, que asesinó al zar Alejandro II en 1881. La utilización de la bomba y el atentado personal para destruir el mal e incitar al pueblo a la rebelión no funcionó como táctica de lucha, como ocurrió también con los magnicidios cometidos por anarquistas en varios países de Europa en la década posterior, pero sirvió para que los gobiernos intensificaran la represión y para que aparecieran alternativas que consideraban al terrorismo inútil para la transformación de la sociedad

y la conquista del poder. Y uno de esos grupos, que seguía las tesis de Karl Marx, fue el Partido Obrero Socialdemócrata, que apareció en Rusia en 1899 y recogió desde el principio a algunos dirigentes del populismo, como Georgii Plekhanov, que, tras rechazar el uso del terror, defendían que sólo una revolución social que procediera del pueblo podría llegar a tener éxito y ser al mismo tiempo democrática. El partido se dividió muy pronto entre la facción bolchevique (mayoritaria) y la menchevique (minoritaria). Durante un tiempo, mientras ambas facciones contaban con unos cuantos miles de afiliados, las diferencias políticas entre ellas no estaban muy claras para sus seguidores y eran factores personales, sobre todo la lealtad a Lenin (Vladimir Ulianov) por parte de los bolcheviques y la oposición a él de los mencheviques, los que actuaban como fuentes principales de la lealtad. La evolución de las dos facciones en la década anterior a la revolución retrató a los mencheviques como un partido más democrático y más propenso a establecer contactos con la burguesía liberal, mientras que los bolcheviques desarrollaron algunos de los rasgos que les iban a dar la ventaja en el escenario revolucionario de 1917: disciplina y liderazgo firme alrededor de la figura de Lenin, un partido centralizado, casi militarizado, que pudiera combatir al Estado policial del zar. Y respecto al campesinado ruso, una buena parte del mismo era revolucionario, porque aspiraba a la conquista de la tierra pero no bolchevique, un movimiento básicamente urbano hasta la revolución de octubre de 1917. Tras acceder al poder, los bolcheviques trajeron a los campesinos con sus consignas de acabar la guerra y

repartir la tierra. Y tuvieron una base social campesina hasta que el inicio de las políticas de colectivización forzosa e industrialización puestas en marcha por Stalin introdujeron una grieta fundamental entre la dirección comunista y amplios sectores del campesinado.

¿Por qué no hubo en Alemania esa ruptura total con el pasado como sucedió en Rusia?

– Los Poderes Centrales fueron derrotados en noviembre de 1918 y sufrieron el trauma de la derrota, pero lo primero que hicieron los regímenes democráticos que emergieron de las cenizas de los imperios alemán y austriaco fue buscar rápidamente la paz. Las clases trabajadoras de esos países, por otro lado, tenían en frente poderosos grupos contrarrevolucionarios y los movimientos socialdemócratas que representaban sus intereses estaban ya mucho más inclinados a aceptar la democracia y el parlamentarismo. Los campesinos, además, habían accedido ya a la tierra y, con alguna excepción como en el valle del Po o en Andalucía, donde había todavía una masa de jornaleros sin tierra, los pequeños propietarios rurales defendieron posiciones conservadoras y ya estaban bastante alejados de la revolución y del socialismo antes de la Primera Guerra Mundial. Las condiciones esenciales que pudieron favorecer la revolución en Rusia no estaban disponibles, por consiguiente, en los otros países y la Rusia bolchevique quedó en un estado de sitio, "el socialismo en un solo país", que se convirtió en la verdadera anomalía doctrinal, política y económica en la Europa de ese momento. Como consecuencia de la revolución de octubre de 1917 en Rusia, el socialismo europeo se dividió y sur-

gieron partidos comunistas, algunos minoritarios, otros de masas, en casi todos los países. Los bolcheviques crearon una nueva organización internacional, la llamada Tercera Internacional, a la que se afiliaron aquellos grupos que aceptaron las 21 condiciones de entrada. Se comprometieron a formar partidos "de nuevo cuño", purgados de reformistas y traidores, que aceptaran la necesidad de establecer direcciones centrales más fuertes, bajo el control de Moscú, nueva capital del régimen bolchevique desde marzo de 1918 que siguieran el ejemplo de la revolución rusa triunfal. La división política y sindical en dos campos abrió heridas profundas y duraderas, que parecían restar fuerzas para la consecución del ideal socialista. Pero en algunos países, comenzando por Italia y siguiendo por Alemania y España, las cosas todavía fueron peor: el fascismo llegó al poder y destruyó la cultura política del movimiento obrero organizado. Atrás quedaban "la venganza de los siervos" y los sueños de igualdad y justicia. Era la hora de los nuevos despotismos.

Desde la década del noventa del siglo XX se han producido una importante cantidad de estudios sobre el surgimiento del nazismo. ¿Cómo explica la actitud de las grandes democracias frente al ascenso de Hitler?

– Al principio, en la inmediata posguerra, Francia fue la única potencia victoriosa que trató de contener a Alemania en el marco de la paz de Versalles y de asegurar que las restantes potencias vencedoras aprobaran esa política. Pero ninguna de ellas estaba por la labor. Estados Unidos rechazó esos acuerdos y cualquier tipo de compromiso político

con las luchas por el poder en Europa. Italia, sobre todo después de la llegada al poder de Mussolini y los fascistas, quería cambiar también esos acuerdos que no le habían otorgado colonias en África, y marcaba su propia agenda de expansión en el Mediterráneo. La Rusia bolchevique, consolidada tras la guerra civil contra el ejército Blanco, estaba desecha económicamente y era poco fiable como aliado político, entre otras cosas porque compartía con Alemania un notable interés sobre el destino de los nuevos países del Este de Europa. En cuanto a Gran Bretaña, su interés primordial no estaba en el continente sino en el fortalecimiento de su vasto imperio colonial y en la recuperación del comercio. Todo cambió, sin embargo, con la crisis económica de 1929, el surgimiento de la Unión Soviética como un poder militar e industrial bajo Stalin y la designación de Adolf Hitler como canciller alemán en enero de 1933. La incapacidad del orden capitalista liberal para evitar el desastre económico hizo crecer el extremismo político, el nacionalismo violento y la hostilidad al sistema parlamentario. La rapidez con la que Hitler orientó a Alemania desde una posición de debilidad a una superpotencia militar fue extraordinaria, pero contó con la permisividad absoluta de las potencias democráticas. En apenas tres años, de 1935 a 1938, Hitler subvirtió el orden internacional que, pactado por los vencedores de la Primera Guerra Mundial, habían intentado prevenir que Alemania se convirtiera de nuevo en una amenaza para la paz en Europa. En 1935, la región del Sarre, el antiguo Estado alemán de ese nombre, fronterizo con Francia y Luxemburgo, bajo control de la Liga de las Naciones desde el Tratado de Versalles, volvió a ser alemana después de que el 90 % de su población así lo decidiera en un plebiscito. En marzo de 1936, Hitler ordenó a las tropas alemanas recuperar Renania, una zona desmilitarizada desde 1919,

y exactamente dos años después, el ejército nazi entraba en Viena, inaugurando el *Anschluss*, la unión de Austria y Alemania. La Liga de Naciones, la organización internacional creada en París en 1919 para vigilar la seguridad colectiva, la resolución de las disputas y el desarme, fue incapaz de prevenir y castigar esas agresiones, mientras que los gobernantes británicos y franceses pusieron en marcha la llamada "política de apaciguamiento", consistente en evitar una nueva guerra a costa de aceptar las demandas revisionistas de las dictaduras fascistas, siempre y cuando no se pusieran en peligro los intereses de Francia y Gran Bretaña. A Neville Chamberlain, nacido en 1869, primer ministro británico desde 1937 a 1940, le llovieron después todo tipo de críticas como máximo artífice de esa política, pero lo que hacía Chamberlain en realidad era satisfacer lo que muchos, políticos y grandes hombres de negocios buscaban entonces en su país: mantener las posesiones imperiales de Gran Bretaña sin necesidad de comprometerse en la política continental europea. En Francia, por otro lado, la memoria viva de la devastación física y humana causada por la Primera Guerra Mundial, estimulaba aún por los años de 1936 a 1938, políticas de defensa y disuasión. Además, sin la garantía del apoyo militar por parte de Gran Bretaña, tampoco Francia estaba preparada para desafiar a Hitler. Adolf Hitler percibió esa actitud de las democracias como un claro signo de debilidad y, tal y como ha mostrado la historiadora Ruth Henig, siempre prefirió lograr sus objetivos con acciones militares unilaterales, modestas al principio y no demasiado amenazantes, antes que enzarzarse en discusiones diplomáticas multilaterales. Mientras Gran Bretaña y Francia se mantuvieron militarmente débiles, Alemania tenía que aprovechar para adquirir "espacio vital" en el Este de Europa.

Pocos quieren recordar el paso de Juan Domingo Perón por la Italia de Mussolini ¿Observa algunos paralelos en la construcción del culto al hombre de poder de Europa y en nuestro continente?

– En sus primeros años, el sistema político fascista italiano fue una mezcla de práctica autoritaria añadida a las viejas formas constitucionales y liberales, algo que fue copiado prácticamente por todos los dictadores que comenzaron a surgir en los años veinte en el mundo (y no sólo en Europa). El fascismo italiano alcanzó en esa década que siguió al establecimiento de la dictadura de Mussolini su punto más alto de gloria y prestigio y fue, hasta el ascenso al poder de Hitler y los nazis en 1933, el único y ejemplar modelo para los movimientos autoritarios de derecha. La clara conexión entre catolicismo, fascismo y nacionalismo hizo que el fascismo no tuviera problemas de recepción en los dictadores que, viniendo de la tradición, en países católicos, incorporaron nuevos elementos de la doctrina corporativista italiana. La propaganda fascista convenció a millones de ciudadanos italianos de que estaban viviendo en un sistema "totalitario" que requería su compromiso y participación activa, bajo la dirección de un hombre infalible y la supervisión y control de un Estado corporativo que garantizaba la paz social entre patronos y trabajadores. Y ese compromiso, con el culto al líder, fue un componente importante del movimiento peronista en Argentina. En realidad, el fascismo, como el peronismo en la Argentina o el franquismo en España, lejos de conseguir su ansiada revolución o el sueño totalitario, llegó a sustanciales acuerdos para acceder al gobierno y consolidarse en el poder, con todos los sectores de la vieja élite y las instituciones más conservadoras de la sociedad: la monarquía, la Iglesia, industriales, banqueros y terratenientes, la policía, el ejército y la burocracia.



¿Cómo explica el caciquismo en España y cuál era su lugar en la política de esa época?

– Desde hace años, los historiadores parecen estar de acuerdo en una interpretación que sitúa el caciquismo no como un parásito adosado al organismo sano de la sociedad, ajeno a la "España real" ni como una correa de transmisión automática de un "bloque de poder" monolítico sobre una población apática y analfabeta, sino como un fenómeno central para comprender la cultura política de la Restauración y las raíces sociales del poder. En primer lugar, porque no se trataba de una novedad en la historia de España sino de una práctica conocida desde el inicio de la construcción del Estado liberal, bien asentada a lo largo del reinado de Isabel II. En segundo término, porque tampoco era un rasgo peculiar y original de la sociedad española sino un ejemplo de intermediación política y de patronazgo presente, en mayor o menor medida, en los países de nuestro entorno, sobre todo en los del ámbito mediterráneo, como muestran los casos de Italia y Portugal o incluso,

aunque en otra escala, el de Francia. Es un fenómeno complejo, en definitiva, que sólo se empieza a comprender si se abandona la visión tradicional que estudiaba el sistema político en dirección descendente, de arriba abajo, y se observa más de cerca, en un sentido ascendente, partiendo desde la realidad concreta de los poderes locales y la estructura social y económica de las comunidades rurales. Desde este punto de vista, el caciquismo era mucho más que un recuento de artimañas electorales, coacciones, fraudes, pucherazos y sacos de duros que compraban votos y voluntades en un entorno rural pasivo y desmovilizado. Las actitudes de conformidad y deferencia de los campesinos formaban parte de una estrategia que tenía un objetivo básico, la reproducción de la unidad familiar y el acceso a los recursos de la tierra y a los servicios de la comunidad local. Para ese fin los vecinos de los pueblos, conscientes de lo que podían esperar de la política oficial, de un Estado percibido como algo lejano y extraño, utilizaban los medios que tenían a su alcance. A

Posando. Atrás, el afiche que publicita un tema recurrente en la historia de España: la guerra civil.

través de una red de relaciones personales, en el ámbito de una cultura escasamente letrada, el cliente, a cambio de fidelidad, esperaba del patrón beneficios relacionados con la tenencia de la tierra, el precio de los arrendamientos, préstamos de capital, empleos estables y reparto de jornales.

En República y Guerra Civil se ocupa de marcar los avances y rechazos a la Constitución de 1931, ¿cuáles fueron los logros de República?

– El camino marcado por el primer Gobierno republicano pasaba por convocar elecciones generales y dotar a la República de una Constitución. Elecciones con sufragio universal, masculino y femenino, gobiernos representativos ante los parlamentos y obediencia a las leyes y a la Constitución eran las señas de identidad de los sistemas democráticos que emergían o se consolidaban entonces en los principales países de Europa occidental y central. Y eso es lo que intentaron introducir, y consiguieron en buena parte, esos republicanos y socialistas que gobernaron España durante los dos primeros años de la Segunda República. Desde la llegada de la República en abril de 1931 hasta la destitución de Azaña en septiembre de 1933, los gobiernos de coalición de republicanos y socialistas acometieron la reorganización del Ejército, la separación de la Iglesia y el Estado, y tomaron medidas radicales y profundas sobre la distribución de la propiedad agraria, los salarios de las clases trabajadoras, la protección laboral y la educación pública. Nunca en la historia de España se había asistido a un período tan intenso de cambio y conflicto, logros democráticos y conquistas sociales. Pero para intentar consolidarse como un sistema democrático, la República necesitaba establecer la primacía del poder civil frente al Ejér-

cito y la Iglesia católica, las dos burocracias que ejercían un fuerte control sobre la sociedad española. No lo pudo conseguir y sufrió también el acoso por debajo de quienes creían en la revolución y la escasa presencia, por razones históricas, de la democracia en la sociedad civil. Pero los logros, antes del golpe de Estado de 1936 están claros.

Las publicaciones sobre la Guerra Civil Española se han multiplicado en las últimas décadas, traducido a varios idiomas e incluso escrito directamente en inglés como su libro (A short History of Spanish Civil War), ¿Qué es lo que despierta interés del lector no académico, por esta etapa de la Historia de España?

– La guerra civil resume batallas universales de aquel tiempo, entre la tradición y la modernidad, la Iglesia y el Estado, las nuevas ideologías revolucionarias y fascistas y las democráticas, una lucha, en suma, por cómo organizar el Estado y la sociedad. Y eso atrae a muchos lectores, por el peso de esa historia y la presencia de la memoria, y porque siempre hay conexiones con aquel pasado que ayudan a entender mejor el presente. Es una literatura que no cesa, y aunque el debate político en torno a ella es muy agrio, los lectores pueden elegir cómo informarse, dónde buscar el rigor, siempre pidiendo historias narrativas y fáciles de entender.

Tradicionalmente se ha puesto el foco en la reforma agraria, para Ud. ¿Cuáles fueron las causas principales de la Guerra Civil?

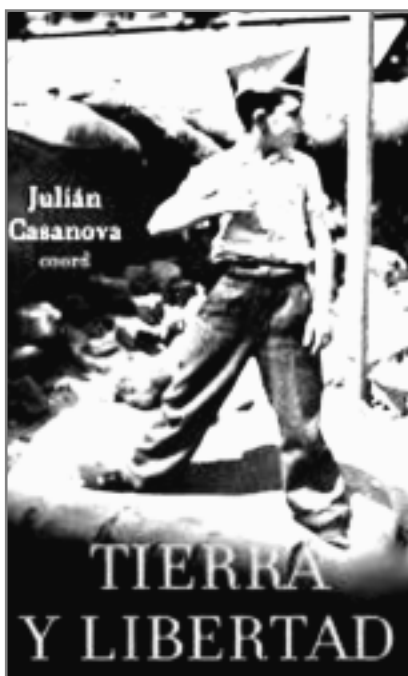
– Hay que comenzar respondiendo a esa pregunta básica con una afirmación obvia. Sin la sublevación militar de julio de 1936, no habría habido una guerra civil en España. Vista la historia de Europa de esos años, y la de las otras repúblicas que no pudieron mantenerse como regímenes democráticos, lo normal es que la República española tampoco hubiera podido sobrevivir. Pero eso no lo

sabremos nunca porque la sublevación militar tuvo la peculiaridad de provocar una fractura dentro del Ejército y de las fuerzas de seguridad. Y al hacerlo, abrió la posibilidad de que diferentes grupos armados compitieran por mantener el poder o por conquistarlo. La guerra civil se produjo porque el golpe de Estado militar no consiguió de entrada su objetivo fundamental, apoderarse del poder y derribar al régimen republicano, y porque al contrario de lo que ocurrió con otras repúblicas del período, hubo una resistencia importante y amplia, militar y civil, frente al intento de imponer un sistema autoritario. Sin esa combinación de golpe de Estado, división de las fuerzas armadas y resistencia, nunca se habría producido una guerra civil que, por consiguiente, fue producto de una sublevación militar que puede explicarse por la tradición intervencionista del Ejército en la política y por el lugar privilegiado que ocupaba dentro del Estado, cuestionado por la legislación republicana, frente a la cual reaccionó. A partir de ese momento, todos los conflictos presentes en los años treinta, y abiertos

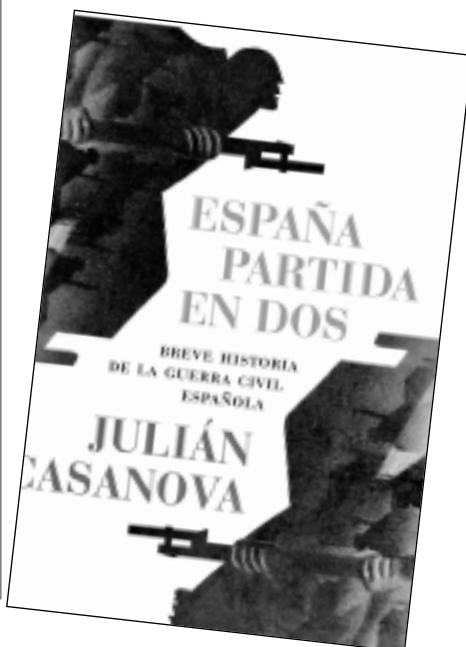
algunos de ellos por las políticas reformistas de la propia República, aparecieron con fuerza en la división de España en dos bandos. Y la reforma agraria, la lucha por la tierra y la reacción de los propietarios ante ellas, ocuparon un lugar primordial.

Muchos siguen sosteniendo que fue mérito de Franco mantener a España apartada de la Segunda Guerra Mundial, ¿tenía otras alternativas en ese contexto?

– La intervención alemana e italiana había sido decisiva para el triunfo de las tropas de Franco frente a la República y en los meses que transcurrieron entre el final de la guerra civil y el inicio de la Segunda Guerra Mundial la política exterior franquista se había alineado con las potencias fascistas, adhiriéndose en abril al Pacto Anti-Comintern, el acuerdo establecido entre Alemania, Italia y Japón para luchar contra el comunismo. Sin embargo, cuando el ejército nazi invadió Polonia y Gran Bretaña y Francia declararon la guerra a Alemania, Franco promulgó un decreto en el que ordenaba "la más estricta neutralidad a los súbditos españoles".



Portadas. Sus libros gustan mucho a los académicos y público en general.



Era una política de aparente equidistancia en un momento en el que ni siquiera Italia había entrado en la guerra, que iba a resultar muy difícil de mantener en aquella Europa tan turbulenta. La prueba de fuego para esa neutralidad llegó un año después, en la primavera de 1940, con la súbita y victoriosa invasión a Holanda, Bélgica y Francia por el ejército nazi. Benito Mussolini consideró que ése era el momento oportuno para que Italia entrara en la guerra, para recoger así los frutos de la victoria; y Franco, convencido también del ineludible triunfo fascista, preparó el camino para poder intervenir como beligerante en el reparto del botín imperial a costa de las potencias democráticas. La intención era, en palabras de Ramón Serrano Suñer, quien compartió con Franco esa estrategia diplomática, "entrar en la guerra en el momento de la victoria alemana, a la hora de los últimos tiros". A la espera de poder dar ese crucial paso, el gobierno de Franco abandonó la "estricta neutralidad" y se declaró, el 13 de junio de 1940, beligerante, imitando lo que había hecho Mussolini justo hasta ese momento, una fórmula por la que se reconocía explícitamente la simpatía por el bando del Eje. El problema era la desastrosa situación económica y militar de España, apenas un año después de finalizada la guerra civil, y las ambiciosas peticiones que Franco reclamaba como premio. El Ejército no estaba "en modo alguno" preparado para entrar en la guerra, según informaba el general Alfredo Kindelis en marzo de 1940 y, como recordaría poco después el almirante Wilhelm Canaris, jefe del servicio secreto militar alemán, España tenía "una situación interna muy mala", con escasez de alimentos y materias primas, y sería más una carga que una ayuda: "Tendríamos un aliado que nos costaría muy caro". Y a cambio, además, Franco pidió a Hitler Gibraltar, el Marrueco francés, el Ornesado (región noroccidental de

Argelia) y el suministro de alimentos, petróleo y armas. Las peticiones le llegaron a Hitler a través de una carta que el general Juan Vigón le entregó en mano en junio y una visita de Ramón Serrano Suñer, ministro de Gobernación, en septiembre. Los alemanes, como dejó bien claro su ministro de Asuntos Exteriores, Jochim von Ribbentrop, no valoraban positivamente la beligerancia española, porque la consideraban una carga económica y militar, y plantearon además la exigencia de establecer bases militares en las islas Canarias. Así las cosas, las dos delegaciones diplomáticas acordaron tratar los puntos fundamentales de la negociación en un encuentro entre el Führer y el Caudillo. El histórico encuentro se celebró en Hendaya el miércoles 23 de octubre de 1940. Para preparar las medidas de seguridad de esa reunión, Heinrich Himmler, el arquitecto de las SS y jefe del entramado policial nazi, visitó Madrid tres días antes. Allí fue recibido con todos los honores y parafernalia fascista por Serrano Suñer, a quien Franco acababa de nombrar ministro de Asuntos Exteriores en sustitución de Juan Beigbeder. Mussolini le dijo a Hitler que ese cambio en la diplomacia franquista garantizaba "que las tendencias hostiles al Eje están eliminadas o al menos neutralizadas", pero insistía en su "convicción de que la no beligerancia española es más ventajosa para nosotros que su intervención". La entrevista se celebró en el Erika, el tren especial del Führer, y estuvieron presentes von Ribbentrop y Serrano Suñer, junto con los dos intérpretes. Como ha señalado Paul Preston, "pese al mito de la bravura de Franco frente a las amenazas de Hitler", éste no fue a Hendaya a "exigir la entrada inmediata de España en la guerra". Hitler no aceptó las exigencias de Franco y España no entró en la guerra, porque no podía, dada su desastrosa situación económica y militar, y porque su intervención tenía costes demasiado altos para que

Hitler y Mussolini -con quien Franco se entrevistó en Bordighera en febrero de 1941-, pudieran aceptarla. Ambos siempre consideraron a Franco como el dictador de un país débil que apenas contaba en las relaciones internacionales. Otra cosa es lo que dijo la propaganda franquista, hasta convertirlo en un mito que todavía se repite hoy: que Franco, con habilidad y prudencia, burló y resistió las amenazas del líder nazi, consiguiendo que España no participara en la Segunda Guerra Mundial. Una aventura, por otro lado que, dado como transcurrió la historia, hubiera resultado fatal para el franquismo.

En La Iglesia de Franco aborda un tema muy sensible para buena parte de la población religiosa del país. ¿En qué medida un historiador puede influir en temas que involucran tanto creencias y conocimientos?

– Yo, como una buena parte de los españoles de mi generación, procedo de una familia católica y nunca mezclo las creencias o el respeto que tengo hacia ellas pese a no comparirlas, con la investigación histórica. La Iglesia de Franco es producto de investigaciones de muchos años sobre el clericalismo y el anticlericalismo en la historia de España. Sé que tocaba un tema muy sensible porque a la mayoría de los católicos que vivieron el franquismo no les gustó recordar la implicación sangrienta de la Iglesia en la dictadura y prefieren explicarlo como una consecuencia del anticlericalismo que la propia Iglesia sufrió durante la guerra civil. Como historiador tengo que sacar a luz las partes oscuras o desconocidas de la historia, aunque no nos gusten, y no puedo escribir sobre cosas que no investigo y puedo probar.

La Iglesia de Franco fue un libro fiel absolutamente a las fuentes investigadas. Como decía Eric Hobsbawm, los historiadores somos los recordadores oficiales de lo que otros quieren olvidar.



Su libro *La historia social y los historiadores es ya un clásico en los programas de Historiografía en Argentina, ¿cómo se enseña a escribir la historia hoy?, ¿cómo aproximarnos a la verdad objetiva?*

– Leer críticamente, pensar analíticamente y transmitir la historia, oral y por escrito, con precisión. La verdad objetiva es un sueño noble, como demostró Peter Novick, pero existe una verdad parcial que el historiador debe buscar. Ahí reside la diferencia entre la historia y la ficción, que no necesita ninguna verdad para recrear los hechos.

Usted es muy crítico sobre el estado de la educación de su país, ¿cuáles son los desafíos y cambios que deben abordar las universidades?

– En España, la universidad no es una de las glorias nacionales, ni tampoco es un tema que levante pasiones entre los ciudadanos o estimule el orgullo. Las universidades españolas no necesitan competir para conseguir los mejores profesores o estudiantes. La mayoría de los profesores somos funcionarios con puesto vitalicio. Eso da mucha seguridad e independencia frente a jefes y gobernantes -"libertad académica", solemos decir-, pero sabemos también que conduce al anquilosamiento y a la falta de incentivos. Se suele llegar a funcionario, además, en la ciudad propia, con los amigos bien cerca, ante los que nunca hay nada que demostrar. La universidad debería servir para formar ciudadanos y no sólo para repartir títulos. Educar y formar intelectuales, sin embargo, resulta muy difícil en España, donde se puede obtener una licenciatura sin necesidad de asistir a clase, entre otras cosas porque la asistencia y, sobre todo, la participación no suelen contar en la calificación final. La competencia, rivalizar por los mejores profesores o estudiantes, debería establecerse como norma cotidiana; y subir el escalafón no

debería ser sólo cuestión de tiempo, al margen de los méritos acumulados.

Los profesores y los trabajadores de la administración y servicios necesitan más incentivos y mejores condiciones de trabajo. Y a los estudiantes hay que proporcionarles buenas bibliotecas y laboratorios y exigirles mucho más que la reproducción de los conocimientos adquiridos en clase. Los buenos profesores atraen y forman buenos estudiantes y habrá que comenzar a diferenciar entre buenos, mejores y menos buenos. La universidad es de todos, pero algunos deberían tener mucha más responsabilidad y poder que otros. Debe estar gobernada por los que tienen experiencia y han demostrado excelencia en la docencia y en la investigación. Es normal que los gobiernos autonómicos y el del Estado quieran entrar de lleno en este debate, actúen, en suma, como si las universidades les pertenecieran: sin su apoyo económico, las universidades públicas no podrían funcionar. La continua interferencia política, sin embargo, dependiente de los resultados electorales, con leyes, decretos y reformas de las reformas, nada bueno aporta a la calidad de la enseñanza y de la investigación.

La educación en las universidades no garantiza buenos puestos de trabajo, aunque una mejor formación intelectual y profesional debería llevarnos a un nivel más elevado de cultura cívica, ahora que seguimos construyendo y consolidando la democracia. Y de la universidad tienen que salir también ideas y alternativas.

Se trata, en suma, de estrechar las diferencias entre la universidad ideal y la real. Para eso están los debates, el compromiso de los profesionales y las políticas responsables.

¿Imaginan que una ciudad española alcanzará fama por tener la mejor universidad de Europa en vez del mejor equipo de fútbol? ■

¿Existen rastros de las décadas de Franco en la España de hoy?

– En la sociedad civil, en la memoria de la guerra y de la dictadura, en la incultura política de una buena parte de los políticos de la derecha, en el diferente trato que se le da a las víctimas de la represión franquista y a los mártires de la Iglesia... Pero la sociedad española tiene muy poco que ver con aquella de las décadas franquistas y la democracia, aunque frágil como en todos los sitios, está consolidada. Nunca he echado la culpa al franquismo de los supuestos vicios de la democracia actual.